



La plegaria en el campamento turco.

Ademas de esto, Mr. Dawson, el cirujano cuya casa se distingue á la esquina de la calle por un gran farol con vidrios de color, habia sido despertado hacia algunas noches, á cosa de las dos y media, y conducido á la puerta de Mme. Robinson, de la cual salió con una cofia y una gran capa, una mujer gruesa que parecía haber sido levantada de su cama para un fin especial.

V.

Al despertar los vecinos al dia siguiente, se anticipó á los comentarios, que ya empezaban, la mayor de las señoritas Willis, quien contestando á una pregunta que se le dirigió dijo con gran dignidad: «Mme. Robinson sigue tan bien como lo permite el estado de su salud; la niña se encuentra admirablemente.» — CARLOS DICKENS.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

DIBUJOS CON COLORES CAMBIANTES. — Se explota mucho en estos momentos las llamadas *flores barométricas*, que han llegado á plagar los escaparates de muchas tiendas en toda Europa: estas flores artificiales, cambian de color segun la sequía ó humedad de la atmósfera y sirven, por tanto, para indicar el estado de ella. Revelaremos el secreto de su pre-



Los cosacos marchando en descubierta.

Posiciones turcas.

Busludscha.

Posiciones rusas.

Posiciones rusas.



SUCESOS DE LA GUERRA DE ORIENTE.—Defensa del paso de Schipka por los rusos.

paración, que consiste simplemente en que están saturadas de una solución de cloruro de cobalto.

Esta sustancia, en razón á sus propiedades higrométricas, cambia del color azul al rojo, pasando del calor á la humedad. Una solución de acetato ó de nitrato de cobalto, adicionada con igual peso de sal marina produciría análogos efectos; una solución de cloruro de cobalto, adicionada con cloruro de hierro, permitiría obtener otros colores, de los cuales el verde correspondería al estado seco de la temperatura.

Ocúrenos con este motivo indicar una aplicación particular de las propiedades higrométricas de ciertas sustancias: Disuélvase óxido ó carbonato de

níquel en ácido clorhídrico, ó bien sométase el níquel á la acción directa del cloro, y se formará cloruro de níquel, que seco, es color amarillo oro, y combinado con agua toma un bello color verde. Sirviéndose para dibujar sobre papel blanco de esta sustancia, y si lo que se dibuja son árboles ó praderas, por ejemplo, el dibujo representará una vista de otoño cuando el tiempo esté seco y los rasgos aparezcan amarillos, mientras que por el contrario, bajo la influencia de la humedad, aparecerá la tinta verde, representando un paisaje de primavera. Pueden producirse por este medio efectos curiosos y sorprendentes.

VIAJES.

AVENTURAS PELIGROSAS DE UN MARINO.

(Continuacion.)

Hasta mucho tiempo despues no supe que aquella cordillera se llamaba Tanovourkou y que formaba parte del gran reino de Kontar, habitado por los orangonoks. Los salvajes de Rajek parecían creer que el viento llevaba sus palabras al soberano de Kontar, y de tal manera le tenían miedo, que hablaban temblando. Poco á poco me fueron contando que los orangonoks usaban trajes que despedían llamas y quemaban como el sol los ojos del que osaba

mirarlos. Eran invencibles y nadie se atrevía á resistirlos cuando hacían excursiones en la costa; en este caso iban ayudados por malos espíritus que echaban fuego por las narices y se movían con la velocidad del viento.

Deduje de todo esto que los orangonoks estaban bien armados con armaduras de oro; cosa que no me extrañó, porque ya había oído contar en la Australia que el interior de la Nueva-Guinea contenía oro en una cantidad prodigiosa. Despues, un día que hojeaba uno de mis libros en que había un grabado representando un caballo, se me acercó un salvaje y apuntando con el dedo exclamó: *jedzé, edzé!* espíritu malo.

Comprendí entónces que los habitantes del interior tenían caballos. Evidentemente debían estar civilizados hasta cierto punto y decidí huir de Rajek, así que encontrara ocasion.

Entretanto Kagankeou, que era muy inteligente y parecía comprender la superioridad de los europeos sobre sus compatriotas, redobló los testimonios de amistad que me prodigaba, y me hizo muchas preguntas sobre mi vida pasada, con el objeto de adquirir informes que pudiera utilizar. Satisfaciendo su curiosidad procuraba hacerme hablar, y como manifestaba un conocimiento anterior de las costumbres de que procuraba enterarle, inferí que ántes de poseerme á mí debía haber tenido algun otro prisionero de raza blanca que le había iniciado en los misterios masónicos.

Durante una de nuestras conversaciones le hablé del oro y de la explotacion de las minas; entónces brillaron sus ojos de una manera extraordinaria, demostrando el más vivo interes, y acabó por decirme:

—Hay mucho oro en el reino de Kontar.

—¿Son buenos mineros los orangonoks? le pregunté.

—Tienen cierta manera de recoger el oro; pero nosotros podríamos enseñarles lo que se necesita hacer para extraerle en grande cantidad.

—¿Y nos matarían si atravesásemos las montañas de Tanovourkou?

—No, si les enseñáramos á explotar sus minas. Ya he vivido muchos soles, añadió señalándome sus cabellos blancos, como para probarme que había tenido tiempo para estudiar el corazon humano.

Quedó, pues, proyectada una expedicion á los reinos de Kontar, que me atraía por distintos motivos á sí: anunció á su tribu que iba á conferenciar con Otarou y que me llevaba para que le ayudase; partimos escoltados por diez hombres, que llevaban lo más precioso que teníamos y nos dirigimos hácia el Nordeste, atravesando las tierras de muchas tribus que separan el reino de Kontar y el pueblo de Rajek. Llegamos al cabo de tres días de marcha, durante la cual se había ido elevando el terreno al borde de una especie de precipicio de más de cien piés de altura. A nuestras plantas se extendía hasta perderse de vista una llanura, regada por numerosas corrientes de agua que, despues de fertilizarla, formaban un inmenso lago sin ninguna vía de desagüe aparente, lo cual me hizo suponer que estaba en comunicacion con el mar por algun canal subterráneo, y me explicó la riqueza de vegetacion de que estaba revestida toda la costa. Una alta cadena de montañas cerraba el horizonte á más de doce leguas de distancia. No sospechaba entónces, contemplando las cimas nevadas de Tonavourkou, que habitaba una poblacion numerosa en las vertientes y que allí pasaría muchos años de mi vida.

El reino de Kontar empezaba en la llanura que se desarrollaba á nuestros ojos admirados como si tuviéramos delante un segundo Paraíso. Torbellinos de humo se levantaban por cima de las palmeras, revelando la presencia del hombre; por todas partes se extendían campos cuidadosamente cultivados; á lo léjos se veían rebaños de bisontes, y por el aire transparente volaba multitud de aves de espléndido plumaje.

Para llegar á aquella tierra prometida necesitábamos descender la escarpada pendiente que dominábamos. Kagankeou despidió nuestra escolta, despues de haberla explicado que esperaba una muerte terrible á todos los que osaran dirigirse á la llanura; ninguno tenía deseo de eso, pues apenas se habían aventurado á mirar aquel terrible reino de Kontar.

Cuando los perdimos de vista, cargamos con todo lo que habían traído y emprendimos animosamente

la bajada; pero apenas habíamos andado cien metros, cuando nos vimos rodeados por una veintena de orangonoks que parecían brotar de la tierra. Eran de pequeña estatura, pero de un aire sumamente marcial; vestían una túnica flotante que descendía hasta más abajo de las rodillas; unos llevaban una especie de plaston de oro puro, otros una hebilla del mismo metal; todos sable, lanza, arco y flechas, y montaban caballos pequeños y muy vivos.

En un abrir y cerrar de ojos fuimos agarrados y solamente sujetos con cuerdas de cáñamo y de hilo de oro mezclados. El jefe de los orangonoks preguntó á Kagankeou por qué se había atrevido á penetrar en el territorio de Kontar: salvo algunas palabras, empleaba el mismo lenguaje que los habitantes de Rajek: apenas escuchó el principio de la respuesta de Kagankeou, pero cuando comprendió que se trataba de la explotacion de minas, le prestó la mayor atencion. Hizo entónces seña á sus soldados que bajaron las armas y nos escoltaron hasta un sitio desconocido, precedidos de flanqueadores: viéndolos galopar en sus pequeños caballos, con los vestidos flotando por el viento, con las armas y las hebillas reflejando los rayos del sol, comprendí el efecto que su aspecto ejercía en el ignorante y supersticioso espíritu de los salvajes de Rajek.

LOUIS TRÉGAN.

(Continuará.)

CAMINO DEL PRECIPICIO.

IV.

Pasó tiempo, y el mal esposo y mal padre, borracho incorregible, fué cayendo en mayor pobreza y miseria, en más desaliño y abyeccion. Como no se había cuidado de educar á sus hijos, como el único camino que les había trazado era el de la taberna, los chicos, entregados á sí mismos, acabaron por abandonar la casa paterna. Sólo quedaba en ella la hija, que trabajaba día y noche para ganar un pobre jornal, de que, amenazándola é injuriándola, se apoderaba el padre, para ir á disiparle en la calle de las Velas.

Contra su costumbre de siempre, no eran todavía las diez cuando una noche se retiraba á su buhardilla. Tenía á su hija enferma; y siendo, por tanto, muy exiguo el dinero que pudo malgastar en la taberna, donde no le fiaban ya, se volvía á casa pensando en sus adentros que para que la chica siguiera ganando el jornal de ántes, era preciso dirigirse al médico de la Casa de Socorro, y saber al ménos qué enfermedad sufría; cosa de que hasta entónces no había sentido la menor curiosidad.

Era una noche fría de Noviembre; soplaban un viento helado, y caía una lluvia que parecía nieve derretida. Mendigando el borracho, obtuvo de los que encontraba al paso dos cuartos; compró un panecillo para la hija, que le interesaba conservar; siguió tambaleándose hasta el barrio de las Peñuelas, y entró en la callejuela que más se distingue por su miseria y suciedad.

Las casas, la mayor parte sólo de un piso, presentaban cien tintes diferentes é indescriptibles, que el aire, el polvo y la humedad habían comunicado á aquellos groseros edificios, construidos con materiales de derribos. El borracho se detuvo ante el fragmento de una puerta hecha pedazos, para mayor comodidad de los inquilinos; entró por un pasadizo oscuro, desigualmente empedrado, que servía de canal á un albañal viscoso, cuyas aguas revueltas por la lluvia apestaban cien metros á la redonda; cruzó casi á tientas un patio irregular, resbalando en depósitos infectos allí acumulados, y penetrando en otro pasillo oscuro, golpeó brutalmente á la puerta de un cuarto bajo interior. Una jóven demacrada, cuyo miserable aspecto completaba el candil que abrigaba con la mano para que no se apagara la luz, asomó curiosamente la cabeza, preguntando en voz baja:

—¿Es V., padre?

—¿Quién diablos había de ser! contestó bruscamente el borracho; y fijándose por un instante en la hija, añadió: «¿Por qué tiemblas?» Volviendo en seguida á su idea dominante, continuó: «¡Aviados estamos! Hoy apenas he podido beber un trago; porque no hay vino sin dinero, ni dinero sin trabajo. Con doscientos mil de á caballo, ¿qué tienes?

—No sé, padre; no me siento bien del todo, contestó la hija rompiendo á llorar.

—Es preciso que te compongas de un modo ú otro para estar mejor; porque necesitamos dinero. Vete á la Casa de Socorro y que te den alguna medicina, que para eso las pagan. Pero ¿qué haces ahí, sin dejarme entrar?

—¡Padre, murmuró la hija despues de cerrar la puerta, ha venido Juan!

—¿Qué Juan! exclamó el borracho sobresaltado.

—¡Chist! Juan, padre, Juan...

—¿Y qué quiere? ¿Dinero, comida, bebida? ¡A buena parte viene. Dame la luz, loca; dame la luz. ¡Cualquiera creería al verte que yo te iba á hacer algun daño!

Y arrancándola el candil se metió en la alcoba.

V.

Sentado sobre un baul viejo, con la cabeza entre las manos, y los ojos fijos en un miserable brasero sin lumbre, estaba un jóven de 22 años, pobremente vestido, que se estremeció al ver entrar al padre.

—Cierra bien la puerta, María, dijo con viveza; y luego, dirigiéndose al borracho, añadió: ¿No me conoce V. ya, padre? ¡Hace tanto tiempo que no me ve V., que bien puede haberse olvidado de mí!

—¿Y qué traes aquí? contestó el borracho, saliendo de la alcoba y sentándose en un tahurete al lado del brasero que no contenía más que ceniza fria. ¿Qué es lo que quieres?

—Un refugio, respondió el hijo. Me persiguen; si me cogen me quitarán la vida; y me cogerán de seguro si no me oculto aquí. Hé ahí de lo que se trata.

—¿Es decir que has robado, ó asesinado á alguno?

—Sí, ¡puede eso sorprenderle á V.! añadió, mirando fijamente al padre, que tuvo que bajar los ojos.

—¿Qué es de tu hermano? le preguntó despues de un largo silencio.

—¡A mi hermano no le volverá V. á ver jamás!

—¡Ha muerto! exclamó sin poder evitar un estremecimiento.

—Sí, ha muerto, dijo el jóven, por culpa del *Tremendo*.

—¡Por culpa del *Tremendo*!

—¡Que tiene eso de extrañol! Usted nos llevó á conocerle á la taberna de la calle de las Velas, y él nos llevó al matadero enganchándonos para que con otros formáramos una partida en los montes de Toledo: la partida fué dispersada al segundo día; mi hermano recibió un balazo en el pecho; vaciló, le sostuve, su sangre brotaba de la herida como de una fuente; su vista se extinguió, y recordando á nuestra buena madre, que tanto nos quiso, murió en mis brazos, sin que alma viviente pudiera socorrernos.

Durante esta narracion, la jóven sollozaba con la cabeza doblada sobre las rodillas, el borracho se balanceaba en su asiento.

Yo me salvé por casualidad; pocos días despues encontré y reconocí al guardia que había matado á mi hermano; le asesinó de una puñalada por la espalda, logré huir y aquí estoy, hasta que encuentre medio de marcharme léjos de Madrid...

VI.

Los tres personajes que tomaban parte en la escena que acabamos de referir permanecieron dos días encerrados en el cuarto; pero al tercero la hija se sintió peor que nunca, y habiéndose consumido por completo el escaso alimento que tenía, era absolutamente preciso que alguno saliera á traer qué comer, y además una medicina que hacía tiempo calmó los sufrimientos de María. Ni ellos, ni la debilidad á que había llegado, permitían á ésta salir á la calle: el padre fué quien salió al anochecer.

Dirigióse á la Casa de Socorro de la plaza del Progreso; le dieron la medicina y provisiones para vivir dos ó tres días, y al volver ganó dos reales por tener de la brida un caballo, mientras el jinete subía á una casa de la calle del duque de Alba; pero para ir á las Peñuelas pasó por delante de la taberna. Dudó un instante, pasó, volvió atrás; dudó aún, y al fin... entró.

Dos hombres, en quien no había reparado, le seguían los pasos desde que salió de su casa: ya estaban á punto de renunciar á ocuparse del que con la ida á la Casa de Socorro y el expediente para ganar dos reales